
GENERA- CIÓN HIP-HOP

De la guerra de pandillas
y el grafiti al gangsta rap

JEFF CHANG



CAJA
NEGRA

GENERA- CIÓN HIP-HOP

Chang, Jeff

Generación hip-hop.

2da ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Caja Negra, 2025

608 p.; 20 x 14 cm. - (Synesthesia)

Traducción de Matías Battistón

ISBN 978-987-1622-29-0

1. Música. 2. Estudios Culturales.

I. Battistón, Matías, trad. II. Título

CDD 306

Título original: *Can't Stop Won't Stop: A History of the Hip-Hop Generation*

Publicado bajo acuerdo con St. Martin's Publishing Group en asociación con

International Editors & Yáñez' Co. Barcelona. Todos los derechos reservados.

© Caja Negra Editora, 2014

© Jeff Chang, 2005

© De la introducción, DJ Kool Herc, 2005

© De la traducción, Matías Battistón

Fotografía de tapa: cortesía de Jamel Shabazz

Caja Negra Editora

Buenos Aires / Argentina

cajanegra@cajanegraeditora.com.ar

www.cajanegraeditora.com.ar

Dirección editorial: Diego Esteras / Ezequiel A. Fanego

Producción: Malena Rey

Diseño de colección: Paola Calabretta

Diseño de tapa: Consuelo Parga

Diseño: Juan Marcos Ventura

Corrección: Paola Calabretta

PRÓLOGO

Las generaciones son ficciones. Clasificar a un grupo de personas ubicándolas entre dos fechas es una manera de imponer una narrativa. Son ficciones interesantes y necesarias, porque nos permiten usar ideas como punto de referencia para nuestras afirmaciones. Aun así, cada generación suele ser una ficción, creada con el único motivo de satisfacer las necesidades de los demógrafos, periodistas, futurólogos y comerciantes.

En 1990, Neil Howe y William Strauss –dos *baby boomers* que se describen a sí mismos como “pronosticadores sociales” – postularon una prolija teoría sobre las distintas generaciones estadounidenses en su libro *Generations: The History of America's Future, 1584 to 2069*. A la suya la denominaron la de los “Profetas”, idealistas que llegaron a la mayoría de edad durante un período en el que hubo un “Despertar” y que se transformaron en los “Héroes” de la generación de sus hijos, quienes, enriquecidos por los recursos espirituales de sus padres, traerían otra época de “Esplendor” a los Estados Unidos. En el medio estaban los “Nómades”, habitando un presente al que estos autores describieron como una “Desintegración”. Si bien la autocomplaciente teoría de Howe y Strauss carecía de poder explicativo, tuvo la suerte de publicarse en el momento justo. El libro se editó al mismo tiempo que los medios descubrieron a la “generación X”, nombre tomado del título de una obra

de Douglas Coupland que, para los *baby boomers*, resumía a la perfección el misterio que evocaba este emergente grupo de jóvenes.

El libro de Howe y Strauss se publicitó como un vistazo al futuro. Según afirmaban, la causa de los ciclos históricos eran los ciclos generacionales; eso les permitía profetizar sobre lo que deparaba el futuro. Y es cierto que la historia avanza en círculos, crea loops. Pero las generaciones son ficciones que se utilizan en disputas por el poder mucho más amplias.

No hay nada más viejo que la costumbre de contar historias sobre las diferencias generacionales. Cada generación suele recibir su nombre y marco de referencia de la mano de la precedente. Las historias a menudo incluyen las expresiones de sorpresa e indignación que acompañan a estas dos revelaciones: “Por dios, me estoy poniendo viejo” y “Pero, ¿quiénes son estos chicos?”.

Los *baby boomers* parecen haber tenido grandes dificultades para imaginar-se lo que podría venir después de ellos. Y fue precisamente un *baby boomer* quien acuñó esa frase tan poco feliz: “el fin de la historia”. En comparación, todo lo que vendría después estaba condenado a verse como un declive, una simplificación, una decadencia.

12

Hasta hace muy poco, nuestra generación solía definirse mayormente mediante el uso del prefijo “post”. Hemos sido clasificados como post-derechos civiles, post-modernos, post-estructuralistas, post-feministas, post-negritud, post-soul... Somos los íconos de lo “post”, los últimos resabios del ágape del pasado. Hemos sido el mero eco del *baby boom* (no por nada existe una flor de narciso llamada “Baby Boomer”). Hemos sido la generación X. Ahora incluso hablan sobre la generación Y. ¿Y por qué? Probablemente porque después de la X viene la Y.

En consecuencia, a mediados de la década del noventa, muchos jóvenes escritores —ya hartos de lo que Howe, Strauss y compañía habían desatado— comenzaron a autodenominarse como la “generación hip-hop”. En 2002, en un libro importante, *The Hip-Hop Generation: Young Blacks and the Crisis in African-American Culture*, Bakari Kitwana la definió en términos muy estrictos: se trata de aquella que abarca a los afroamericanos nacidos entre 1965 y 1984, período signado por la aprobación de la Ley de Derechos Civiles y el asesinato de Malcolm X en un extremo, y por la dominación mundial del hip-hop durante la época culminante de los gobiernos de Reagan y Bush en el otro.

Kitwana tuvo que lidiar con las consecuencias de la brecha entre los negros que llegaron a la adultez durante los movimientos de los derechos civiles y el Black Power, y aquellos que lo hicieron con el hip-hop. Su mensaje era claro: una comunidad no puede entablar un debate útil sobre el progreso racial sin antes tomar en cuenta los hechos que implica el cambio.

No obstante, la gente volvió a distraerse con detalles. ¿Cómo podía uno aceptar una definición de la “generación hip-hop” que no tomara en cuenta a los pioneros de esa cultura, como Kool Herc y Afrika Bambaataa, por el mero hecho de haber nacido demasiado temprano? ¿O que excluyera a quienes habían formado parte de la escena y la habían transformado, pero no eran ni negros ni estadounidenses? Dónde empezó exactamente la “generación hip-hop” y a quiénes incluyó es una cuestión que, por diversas razones, sigue siendo polémica.

En lo personal, opino que la idea de “generación hip-hop” unifica tiempo y raza, ubicación y multiculturalismo, ritmo e hibridez. Describe el giro que va de la política a la cultura, el proceso de entropía y reconstrucción. Captura las esperanzas, los temores, las ambiciones y los fracasos colectivos de aquellos que, de otra manera, apenas serían catalogados como “post-esto” o “post-lo otro”.

13

Entonces, uno podría preguntarse: ¿cuándo empezó la “generación hip-hop”? Después de DJ Kool Herc y Afrika Bambaataa. ¿A quiénes incluye? A todo el que adhiera al movimiento. ¿Cuándo termina? Cuando la próxima generación nos diga que se terminó.

Esta es una historia no ficcional de una ficción: una historia con algo de misterio, pero que no pretende ser ninguna profecía. En definitiva, esta historia alternativa (o lado dub de la historia) no es más que una versión, un regalo de aquellos que nos han iluminado e inspirado. Cualquier defecto que tenga es responsabilidad mía.

Hay muchas más versiones que esperan ser escuchadas. Espero que todas lo sean.

Jeff Chang
Brooklyn y Berkeley
De enero de 1998 a marzo de 2004

**LOOP 1
BABILONIA
EN LLAMAS
1968-1977**



El equipo de béisbol de la escuela St. Athanasius, South Bronx. Foto © Mel Rosenthal

1

NECRÓPOLIS

EL BRONX Y LAS POLÍTICAS DE ABANDONO

Cuando uno entra en el campo de juego, ingresa a un lugar
donde todo es un engaño o una mentira...
Allí no hay nada que sea verdad. Excepto el juego.
Barry Bonds

17

Era una mala noche para el béisbol en el South Bronx —un viento fuerte y helado, y una fatídica luna nueva.

El público más numeroso del año había colmado el estadio de los Yankees para ver el segundo partido de la Serie Mundial de 1977, donde el equipo de Nueva York se enfrentaría a los Dodgers de Los Ángeles. Costa Este contra Costa Oeste.

Los Yankees tenían el mejor equipo que uno pudiera comprar. Cuando las Grandes Ligas permitieron que los jugadores actuaran como agentes libres antes del inicio de la temporada de 1977, George Steinbrenner, dueño del club, sacó su chequera, ofertó tres millones de dólares y ganó la puja para adquirir a la figura más codiciada del momento, Reggie Jackson, famoso por su potencia y gran habilidad para marcar jonrones. A diferencia de su padre, que había jugado para las Ligas Negras con un salario de apenas siete dólares por partido, Jackson se

convirtió en el deportista más caro de la historia de los Yankees, quienes recién habían empezado a contratar jugadores negros nueve años después de que Jackie Robinson derribara las barreras raciales en el béisbol.

El mánager, Billy Martin, estaba furioso. Desde el comienzo se había declarado en contra de incorporar a Jackson al equipo. Incluso se negó a asistir a la conferencia de prensa en la que el club presentó a su nuevo jugador. A principios de la temporada, Martin generalmente lo ignoraba o lo mandaba al banco. Y si estaba enojado, lo llamaba “boy” [nene].¹

Jackson tampoco se llevaba bien con sus compañeros de juego. Algunos le guardaban rencor por el salario que cobraba, aunque jugadores blancos como Catfish Hunter también habían firmado contratos millonarios. Además, pensaban que Jackson era demasiado ostentoso; se la pasaba yendo y viniendo con chicas rubias en el Rolls-Royce Corniche que Steinbrenner le había comprado. Pero la gota que rebalsó el vaso fue su arrogancia. En un artículo publicado en una revista, Jackson dejó en claro su desdén hacia el capitán Thurman Munson: “Soy yo el que sostiene a todo el equipo. Nada funcionaría de no ser por mí. Soy la pajita que mezcla el trago”. Es posible que no haya querido expresarlo así. Y tal vez lo que dijo fuera cierto. En cualquier caso, sus compañeros dejaron de hablarle.

En junio, durante un partido contra los Red Sox, toda la tensión acumulada finalmente explotó. Después de que a Jackson se le escapara una pelota en el jardín derecho, Martin, furioso, lo sacó de la cancha. Jackson trotó muy despacio y molesto hacia el banco.

—¿Qué hice? —le preguntó a Martin.

—¿Qué hiciste? —le respondió Martin fuera de sí—. Sabes muy bien qué carajo hiciste.

—No me distraje, Billy —protestó Jackson—. Haga lo que haga, nunca te va a parecer que está bien. Nunca me quisiste en este equipo. Ahora tampoco. ¿Por qué simplemente no lo admites?

—¡Debería echarte a la mierda! —le gritó Martin.

En ese momento, Jackson perdió los estribos. “¿Con quién mierda te pien-

1. En los Estados Unidos, el término “boy” tiene connotaciones raciales: se lo empleaba en la época de la esclavitud para aludir de manera denigrante a los hombres de raza negra, negándoles el estatus de adulto. Su uso como insulto sigue siendo extendido. [N. del T.]

sas que estás hablando, *viejo*.” Los entrenadores de los Yankees se arrojaron sobre Martin para evitar que golpeará al jugador, mientras las cámaras de televisión seguían filmando.

Esa noche, en su habitación de hotel, Jackson se quebró ante un pequeño grupo de periodistas. “Se me caen las lágrimas cuando pienso en la manera en que me trata este equipo. Los Yankees son Ruth, Gehrig, DiMaggio y Mantle, y para ellos yo soy un negro de mierda”, sollozó. “No sé ser sumiso.”

Habían pasado treinta temporadas desde que Jackie Robinson, en un solo partido, cambiara el rumbo de todo un deporte al salir al estadio Ebbets Fields vestido con el uniforme azul de los Dodgers. La sociedad de posguerra comenzó a distanciarse de la segregación racial en ese preciso momento, que marcó un punto de inflexión cultural: cuando Robinson salió al campo de juego que hasta entonces le había pertenecido exclusivamente a los blancos.

Luego de retirarse, Robinson trasladó su compromiso con la integración racial a la política. Corría la década del sesenta, los Dodgers estaban en Los Ángeles y Ebbets Fields ahora alojaba enormes bloques de cemento y torres de concreto, honrando a Robinson con ambiciosos proyectos de viviendas públicas. La política estadounidense estaba tratando de ponerse a tono con los cambios que ya se hacían sentir en la cultura, y algunas personas cuestionaban abiertamente el legado de Robinson.

Una de ellas era el congresista Adam Clayton Powell, quien —en un recordado gesto político— se mostró en una multitudinaria congregación en Harlem junto a un alborotador llamado Malcolm X en 1963. Malcolm, un contemporáneo de Robinson, había estado en la cárcel mientras Jackie jugaba en la cancha de los Dodgers. Ambos conocían lo peor de los Estados Unidos y querían lo mejor para sus hijos; pero sus respectivas vidas los habían hecho llegar a conclusiones muy distintas. En el fondo, la cuestión parecía girar en torno a aquello que la comunidad afroamericana se venía preguntando desde siempre: “¿Debemos pelear por la patria o fundar la nuestra? ¿Salvar a Norteamérica o salvarnos a nosotros mismos?”.

Robinson criticó a Powell por haberse alineado con el notorio miembro de la Nación del Islam. “Usted ha perjudicado alevosamente la causa negra”, afirmó en una carta abierta dirigida al congresista, publicada en el *New York Amsterdam News*. “Porque usted sabe muy bien —y lo ha repetido a lo largo de muchos años— que la respuesta al problema de la comunidad negra no reside

en la segregación ni en la separación, sino en su voluntad de ubicarse en el lugar que le corresponde, el mismo que el del resto de los norteamericanos: el seno de nuestra sociedad.”

En esa misma publicación, Malcolm X le respondió: “Usted nunca ha mostrado el menor aprecio por el apoyo que le han dado las masas afroamericanas, pero siempre fue fiel a sus benefactores blancos”.

Más tarde, ese mismo año, Martin Luther King Jr. pronunció en Washington D.C. su famoso discurso titulado “Tengo un sueño”. En Harlem, mientras tanto, durante el día se realizaban protestas en las calles para reclamar por la educación y la pobreza, y durante las noches se producían enfrentamientos entre policías blancos y jóvenes negros, lo que marcó el comienzo de los largos y calurosos veranos que mantuvieron en vilo a los Estados Unidos durante el resto de esa década turbulenta.

20 A medida que los sesenta dieron lugar a los setenta, ya sin Martin Luther King Jr. o Malcolm X, las fuentes de fe e idealismo de los movimientos que combatían la racionalización y violencia se fueron evaporando, y muchos de los sueños afroamericanos –integracionistas y nacionalistas por igual– simplemente se hicieron humo. La próxima generación ya no tendría más agua para aplacar el incendio. Robinson citaría con aprobación las palabras de su antiguo adversario: “Jackie, en el futuro, tu hijo y el mío no estarán dispuestos a resignarse a lo que nosotros nos resignamos”.

Ahí estaba, entonces, Reggie Jackson, en una exclusiva habitación de hotel a mediados de 1977, en verano, respaldando la lucha a favor de los derechos civiles y el Black Power, jugando un partido tras otro. “Soy un hombre grande, negro, con un coeficiente intelectual de 160, que gana 700 mil dólares al año, y me tratan como si fuera basura”, afirmó. “Nunca antes habían tenido a alguien como yo en el equipo.”

Cuatro meses después, cuando los fanáticos del béisbol ingresaron al estadio de los Yankees para presenciar la Serie Mundial esa fría noche de octubre, había muchas cuentas pendientes históricas por saldar. Los neoyorquinos nunca se habían olvidado de los Dodgers de Jackie Robinson, ni perdonado a Walter O'Malley por provocar que Robinson se marchara y robase al equipo de Brooklyn. Para ellos, la mera existencia de los Dodgers de Los Ángeles representaba el triunfo de la avaricia y la traición. Los Dodgers, por su parte, eran una máquina bien aceptada, un equipo que siempre parecía apuntar al futuro. No tenían ningún

problema a la hora de anotar jonrones: cuatro de sus bateadores habían logrado más de treinta ese año. Dos de ellos eran negros y dos eran blancos.

Los neoyorquinos habían ganado el primer partido. Pero ahora, en la tercera entrada del segundo, tres de los bateadores de los Dodgers ya habían enviado a la tribuna las pelotas que sin éxito lanzaba Catfish Hunter. En cuatro turnos al bate, Jackson no había logrado llegar siquiera a primera base. Era inútil. Los Yankees iban perdiendo por cuatro carreras y no iban a poder alcanzar a su contrincante. El público se puso agresivo. Las bombas de humo trazaron lentos arcos en el aire mientras los petardos hacían retumbar el piso de concreto. Los borrachos arrojaron sus vasos por encima de las barandas de las tribunas más altas. Algunos hinchas saltaron las vallas de contención y se largaron a correr hacia el campo de juego, lo que obligó a parar el partido. Estallaron peleas en la tribuna. El viento comenzó a soplar cada vez más fuerte, arremolinándose desde el oeste.

Fuera del estadio, por encima de las gradas del jardín derecho, pasando el estacionamiento más seguro del South Bronx, a poco más de un kilómetro hacia el este, aparecieron en el cielo volutas y espirales de humo gris. Fue entonces que se levantaron enormes ráfagas de aire y empezaron a formarse nubes de ceniza cada vez más grandes. Una pequeña multitud se congregó en la Melrose Avenue y la 158th Street para contemplar cómo avanzaba el espectacular incendio, una distracción pasajera tan común y corriente como cualquier Serie Mundial. Mientras se jugaba el partido, la abandonada Escuela Pública N°3 ardía y se desmoronaba.

“Señoras y señores, ahí está”, le dijo Howard Cosell a sesenta millones de espectadores, mientras las cámaras enfocaban el edificio. “El Bronx está en llamas.”

21

MOVIMIENTOS POPULARES

En 1953, el futuro del Bronx podía verse reflejado en la zanja de más de cuatro kilómetros de largo que habían cavado en medio del barrio, atravesando lo que alguna vez había sido un espacio común en el cual convivían diversas comunidades. La fosa marcaba la construcción de la Cross-Bronx Expressway, una autopista que terminaría convirtiéndose en una catástrofe modernista de proporciones incalculables.

A medida que la masa de concreto avanzaba desde el este hacia el South Bronx en dirección a Manhattan, el proyecto iba dejando una evidente estela de violencia ambiental. “Donde antes había edificios o casas privadas, ahora solo se veían montones de escombros, decorados con las bolsas de basura rotas y llenas de podredumbre que habían tirado encima”, escribió el historiador Robert Caro. “Más allá del ruido retumbante de las topadoras, se oía el repiqueteo sin parar de los martillos neumáticos y, de tanto en tanto, el sordo impacto que producían al explotar las cargas de dinamita.” Eran los sonidos del progreso.

Para permitir el avance de la autopista, hubo que demoler los departamentos de clase media-baja, modestos y dignos, que ocupaban familias irlandesas y judías, a quienes se compensó económicamente con unos míseros doscientos dólares por ambiente. Mientras esas familias trataban de conseguir otra vivienda en una ciudad con muy poca oferta residencial, no les quedó más remedio que refugiarse en edificios derruidos, clausurados. El hombre responsable de todo esto se llamaba Moses.² Robert Moses, el urbanista moderno más poderoso de todos los tiempos, fue quien lideró el éxodo blanco del Bronx.

22

Todo comenzó con un plan maestro que la New York Regional Plan Association diseñó en 1929. Los intereses económicos que motivaron el proyecto se basaban en la idea de transformar Manhattan en un centro de riqueza, conectando la ciudad directamente con los suburbios mediante una red circundante de autopistas que atravesarían el corazón mismo de los barrios de los distritos más alejados. Impulsado por la ola de inversiones públicas luego de la Segunda Guerra Mundial, Moses llegó a acumular un poder sin precedentes. Para él, su futura inmortalidad estaba cifrada en sus autopistas, monumentos a una especie de eficacia brutal suya. La Cross-Bronx Expressway permitiría a las personas atravesar el Bronx desde los suburbios de Nueva Jersey hasta los suburbios de Queens, pasando por el Upper Manhattan, en apenas quince minutos. En términos de ingeniería era la autopista más complicada que se hubiera construido hasta el momento. Según escribió Caro, “el proyecto atravesaba ciento trece calles, avenidas y bulevares; cientos de instalaciones de cloacas, aguas y servicios; un metro y tres líneas ferroviarias; cinco líneas de metro elevadas; y otras siete autopistas y autovías que cruzaban parques públicos, algunas de las cuales

2. “Moses” es el equivalente en lengua inglesa a “Moisés”; de ahí la alusión al éxodo en la siguiente oración. [N. del E.]

estaban siendo construidas por Moses simultáneamente”. Pero lo más importante es que sesenta mil habitantes del Bronx se encontraban en la mira de la autopista. Moses iba a pasarles por encima. “Hay más gente en el medio, nada más”, afirmaba, como si las vidas apenas fueran otro problema matemático que debía resolverse. “No es algo que presente muchas dificultades.”

En los guetos de Manhattan, Moses usó permisos de “renovación urbana” para clausurar barrios enteros, ahuyentar a los dueños de numerosos negocios que prosperaban en la zona y evacuar a familias pobres de afroamericanos, puertorriqueños y judíos. Muchos no tuvieron más opción que trasladarse a lugares como el este de Brooklyn y el South Bronx, donde las viviendas públicas estaban en pleno auge, pero ya no se conseguía trabajo. La filosofía de Moses, señaló uno de sus socios, era: “Si algo no es realmente sustancial, no vale la pena hacerlo”.

Como parte de sus inmensas ambiciones, Robert Moses buscaba combinar el más alto modernismo con la máxima densidad de población posible. Así, se diseñaron vastos complejos de viviendas, siguiendo un modelo denominado, idílicamente, “torres en el parque”, un concepto propuesto por el arquitecto modernista Le Corbusier como parte de su visión de una “Ciudad Radiante”. Los complejos Bronx River Houses y Millbrook Houses se inauguraron con mil doscientos departamentos cada uno; Bronxdale Houses, con más de mil quinientos; y Patterson Houses, con más de mil setecientos.

Para Moses, este modelo de “torres en el parque” era una ecuación matemática que resolvía con elegancia varios problemas espinosos —ofrecer espacios abiertos dentro del tejido urbano y viviendas para las personas de bajos recursos que había desplazado— con una excelente relación costo-beneficio. Casualmente, también cumplía con otros objetivos: la “demolición de los barrios pobres”, la renovación comercial y la erradicación del movimiento sindical de locatarios. De este modo, el boom de la construcción en el área de Nueva York en las décadas del cincuenta y sesenta le brindó aldeas a la comunidad blanca de clase media, en los suburbios como Levittown: amplias, prefabricadas, prolijas y exclusivamente para blancos. En cambio, la clase obrera solo recibió nueve o más monótonos bloques de concreto en medio de supuestos “parques” aislados y desolados, que muy pronto sufrirían altísimos niveles de inseguridad.

Hacia fines de los sesenta, la mitad de los blancos ya se habían ido del South Bronx, trasladándose al norte, a lugares más abiertos, como el condado de

Westchester o los límites al noreste del condado de Bronx. Siguieron el camino que marcaban las autopistas Cross-Bronx y Brucker, en busca de la promesa de la vivienda propia en uno de los quince mil nuevos departamentos en Co-op City, ciudad que, al igual que esas mismas autopistas, era obra de Moses. Se mudaron a los suburbios homogéneos que surgieron a lo largo de las carreteras en Nueva Jersey, Queens y Long Island. Como escribiría luego Marshall Berman, al viajar por la Cross-Bronx Expressway “conteníamos las lágrimas y apretábamos el acelerador”.

El aislamiento de las elites blancas tuvo su contraparte violenta en las calles, adonde habían sido relegadas las personas de tez oscura. Cuando las familias afroamericanas, afrocaribeñas y latinas se mudaron a barrios que hasta hace poco eran mayormente judíos, irlandeses e italianos, bandas de jóvenes delincuentes blancos comenzaron a acosar a los recién llegados, golpeándolos en los patios de los colegios y en peleas callejeras. En consecuencia, los jóvenes negros y latinos formaron sus propias pandillas, primero en defensa propia, y luego también por poder o diversión.

24

Organizaciones políticas como el Partido de las Panteras Negras y los Young Lords compitieron con esas pandillas barriales para ganarse el corazón y la mente de los jóvenes, pero no tardaron en llamar la atención de las autoridades, las cuales comenzaron a ejercer sobre ellos presiones constantes, a veces con desenlaces fatales. El optimismo del movimiento de los derechos civiles y la convicción de los movimientos negros y latinos como el Black Power y el Brown Power terminaron desembocando en una furia desorganizada y un gran cansancio. Los militantes comenzaron a pelearse entre sí. Curtis Mayfield, quien antes había cantado “Keep on Pushing” para apoyar a Martin Luther King Jr. y otros activistas que luchaban por la libertad, ahora advertía sobre los peligros del tráfico de drogas en canciones como “Pusherman”.³ Los traficantes de heroína, los yonquis, los delincuentes y los incendiarios a sueldo ahora acechaban en las calles. Un policía del Bronx observó, filosóficamente: “Estamos creando aquí lo que los romanos crearon en Roma”.

Un funcionario le comentó al autor Jill Jonnes: “La idea siempre fue, en

3. Juego de palabras intraducible: en “Keep on Pushing”, el verbo “push” significa luchar o hacer un esfuerzo; en “Pusherman”, en cambio, el sentido de “push” es “vender drogas”. [N. del T.]

lo posible, liberar a Manhattan de todo lo que fuera desagradable. Había viviendas públicas y autopistas en el South Bronx, y después, aparte de esos dos factores, bastante desestabilizantes de por sí, se sumó un programa orientado a la demolición de los barrios pobres, a fin de desplazar a quienes se consideraba más indeseables. En ese momento, todo empezó a ir de mal en peor”.

CIFRAS NEFASTAS

Estas eran las cifras nuevas: el South Bronx había perdido 600 mil puestos de trabajo; el 40% del sector había desaparecido. A mediados de los setenta, el ingreso per cápita había bajado a 2.430 dólares, apenas la mitad del promedio de la ciudad de Nueva York y el 40% del ingreso promedio nacional. La tasa de desempleo oficial entre los jóvenes llegó al 60%. Muchos activistas que luchaban en defensa de ellos aseguraban que el porcentaje real rondaba el 80%.⁴ Si la cultura del blues se había desarrollado en condiciones de opresión y trabajos forzados, la cultura del hip-hop surgiría, precisamente, de la falta de trabajo.

Cuando el ruido de los automóviles reemplazó el de los martillos neumáticos a lo largo de la Cross-Bronx Expressway, todo estaba listo para que el barrio ardiera en llamas.

Los edificios de departamentos cayeron en las manos de arrendadores sin escrúpulos, que no tardaron en darse cuenta de que podían ganar más dinero si se negaban a brindarles calefacción y agua a los inquilinos, evitaban pagarle al gobierno los impuestos sobre la propiedad y finalmente los destruían para cobrar el seguro. Un bombero describió así el ciclo: “Primero se prenden fuego los departamentos vacíos. En un abrir y cerrar de ojos, el incendio ya se extendió a toda el ala del edificio”.

La decadencia dio lugar a su propia economía. Los arrendadores contrataban a delincuentes para que quemaran los edificios por apenas cincuenta dólares cada

4. Amalia Batanzos, funcionaria de la Youth Services Agency, dijo en una entrevista radial del 18 de noviembre de 1973 en la WNBC Community Affairs Program: “En el South Bronx, la tasa de desempleo entre los jóvenes puertorriqueños es del 80%. Ellos son conscientes de que así no existe salida posible, y cuando no hay salida, no importa si uno es violento”.

uno, y de esta manera obtenían hasta 150.000 dólares gracias a los seguros. Las aseguradoras, a su vez, se beneficiaban vendiendo más pólizas. Incluso cuando los edificios estaban vacíos, el incendio era lucrativo. Muchos grupos de ladrones, a veces drogados con heroína, se organizaban y saqueaban las construcciones calcinadas en busca de tuberías, instalaciones o herrajes de cobre para venderlos.

Un bombero observó: “Todos los incendios en edificios vacíos eran intencionales. Allí no vivía nadie, pero cuando llegábamos se veía fuego en treinta ventanas”. Luego agregó: “La gente se va. El dueño empieza a hacer recortes en los gastos de mantenimiento. Cuando deja de tener ganancias, los departamentos se van vaciando [...] y, antes de que uno se dé cuenta, ya hay otra manzana en la que no vive nadie”.

Los periodistas Joe Conason y Jack Newfield investigaron los patrones de los incendios en la ciudad de Nueva York durante dos años y medio, y descubrieron que los agentes de seguros cobraban comisiones según la cantidad y el monto de las pólizas que vendían. “Simplemente, no hay incentivos para que los bancos, las empresas de seguros o cualquier persona o entidad que tenga un capital lo invierta en la construcción o refacción de viviendas con alquileres razonables”, afirmaron. “En el mercado inmobiliario, la última etapa del capitalismo es el incendio.”

Sin embargo, algunos argumentaban que el South Bronx era una prueba indiscutible de que los negros y latinos pobres no tenían el menor interés en mejorar sus vidas. Daniel Patrick Moynihan, senador demócrata de Nueva York, llegó a decir: “La gente que vive en el South Bronx no quiere viviendas, de lo contrario no las prendería fuego”. En 1970, Moynihan le había enviado un influyente comunicado al presidente Richard Nixon, en el que citaba las estadísticas presentadas por la Rand Corporation sobre los incendios en el barrio y lamentaba el auge de extremistas como las Panteras Negras. “Es posible que en este momento”, escribió famosamente, “sea conveniente responder a los problemas raciales con un período de ‘negligencia benigna’”.

Moynihan luego se quejaría de que lo habían malinterpretado, alegaría que su comunicado no debiera haber caído nunca en manos de la prensa y afirmaría que jamás había sido su intención recomendar que se privara de servicios públicos a las comunidades negras. De cualquier modo, haya sido esa su verdadera intención o no, el presidente Nixon escribió con lápiz “¡Estoy de acuerdo!” en el memorándum y se lo reenvió a su gabinete. Cuando el escrito se

hizo público, “negligencia benigna” se convirtió en el eslogan usado para justificar los recortes en los servicios sociales de los barrios marginales, e intensificó la nueva reacción contra la justicia racial y la equidad social.

Cuando la “negligencia benigna” adquirió el carácter de pseudociencia, los resultados fueron literalmente explosivos. Esgrimiendo las dudosas cifras y los modelos de la Rand Corporation, los políticos de la ciudad aplicaron una lógica de destrucción para justificar el *cierre* de nada menos que siete brigadas contraincendios del Bronx a partir de 1968. Durante la crisis presupuestaria de mediados de los setenta, otros miles de bomberos e inspectores fueron despedidos. Como observaron los ecologistas Deborah y Rodrick Wallace, el resultado fue una “epidemia” de incendios.

Menos de una década después, el South Bronx había perdido 43.000 viviendas, el equivalente de cuatro manzanas por semana. A lo largo del barrio podían verse miles de lotes baldíos y edificios abandonados. Entre 1973 y 1977, hubo 30.000 incendios solamente en el South Bronx. En 1975, en un largo día de junio, se registraron cuarenta en un período de tres horas. Estos no eran incendios motivados por una furia purificadora, como los que habían asolado Watts u otra media docena de ciudades después del asesinato de Martin Luther King Jr. Estos eran los incendios del abandono.

27

1977

No fue un verano cualquiera. Fue el punto más bajo del loop histórico entre el asesinato de Malcolm X y la llamada a las armas de Public Enemy. El año de la serpiente. Un período de intrigas, levantamientos, revueltas y disturbios.

El 13 de julio, después del anochecer, las luces del alumbrado público fueron apagándose una a una, como si una mano invisible las estuviera extinguiendo. Un corte de luz había dejado a la ciudad sumida en la oscuridad. Los saqueadores salieron a las calles en los guetos de Crown Heights, Bedford-Stuyvesant, Harlem, el este de Nueva York y el Bronx. En la concesionaria de Ace Pontiac de la Jerome Avenue se llevaron cincuenta autos nuevos en exhibición. En Grand Concourse, los dueños de los negocios se armaron con pistolas y rifles, pero durante las treinta y seis horas siguientes, la mayoría de ellos quedó indefenso ante la oleada de venganza y redistribución.

“Esa noche en particular hubo algo que me llamó la atención”, dijo un vecino, “el hecho de que no se lastimaran los unos a los otros. No se peleaban entre sí. No se estaban matando”.

“Para nosotros, era una oportunidad de liberar a nuestra comunidad de todas las personas que nos estaban explotando”, le aseguró el grafitero James TOP al historiador Ivor Miller. “Las cosas que se hicieron a lo largo de ese día y medio fueron un mensaje al gobierno, una manera de informar que había un problema en serio con las personas en los barrios pobres.”

Hubo mil incendios intencionales. Los presos del Bronx House of Detention prendieron fuego tres pabellones. Cientos de negocios quedaron pelados.

El humo, el vidrio, la policía y los ladrones incluso repercutieron en la vida de George Jefferson, personaje de una sitcom de aquel entonces, lo que alteró el esquema cómico del programa. En esta versión del apagón hecha para la televisión, George bajaba de su departamento de lujo, ubicado en un rascacielos del Upper East Side, para proteger su tintorería en el South Bronx, a la que no había asegurado. Este había sido el primer negocio de su exitosa carrera comercial. “Yo no voy a limpiar esto”, juraba. “Voy a cerrar el local.” Una vez en la tintorería, Jefferson enfrentaba a los saqueadores, hasta que unos policías afroamericanos lo confundían con uno de los delincuentes y, por poco, casi lo arrestaban. Al final, uno de los vecinos del Bronx lo convencía de mantener abierto el local para dar trabajo a la comunidad negra. La generación del hip-hop se criaría con este tipo de historias —en las que los personajes experimentaban un cambio de suerte drástico— y terminaría encariñándose con ellas. Su mensaje era simple: todo lo que sube tiene que bajar, trazando un bucle perfecto.

Bajo el mandato del alcalde Abraham Beame, la poderosa ciudad de Nueva York iba rumbo al colapso económico. Cuando se quejaban por la decadencia de esta antes gloriosa ciudad, los columnistas despotricaban contra el fallido sistema de metros y la prostitución en Times Square. Pero eso no era nada al lado de la perfecta destrucción del South Bronx. Como bien dijo un tal Dr. Wise, director de una clínica del barrio, el South Bronx era nada menos que “una necrópolis: una ciudad de la muerte”.

En su informe para la cadena CBS, titulado *The Fire Next Door* [El incendio en la casa de al lado], el periodista Bill Moyers llevó a su equipo de filmación al otro lado del East River para documentar cómo trabajaba una brigada de bomberos del Bronx. Grabaron escenas caóticas: familias enteras que

debían salir a la calle en plena noche porque el edificio donde vivían se estaba quemando; bomberos desesperados que abrían un techo para salvar a los inquilinos de un inmueble; chicos del barrio —muchos de los cuales se reían, felices de aparecer en televisión, de haber dejado de ser invisibles— que se agrupaban en un techo para ayudar a los bomberos a apuntar la manguera y apagar el fuego de la construcción de al lado.

Moyers también volvió para registrar las deprimentes secuelas de los incendios: el caso de la señora Sullivan, por ejemplo, una anciana que esperaba un camión de mudanzas que nunca aparecería y cuyas pocas pertenencias restantes eran robadas por jóvenes delincuentes mientras ella respondía las preguntas del periodista, al pie de las escaleras. O el caso de una joven madre afroamericana, vestida con una campera de cuero al estilo de las Panteras Negras y un pañuelo naranja brillante en la cabeza, que describía cómo vivía junto con sus dos hijos en un edificio incinerado: el único adorno en su gélida habitación era una lista, escrita con marcador en la pared blanca, del significado de varios números según la “Supreme Mathematics” [matemática suprema] de los Five Percenters (“7: Dios; 8: Construir o destruir; 9: Nacer; 0: *Cipher*”).⁵

“De algún modo, nuestros fracasos domésticos paralizan nuestra voluntad, y no encaramos desastres como la muerte del Bronx con la misma urgencia y compromiso que caracterizan nuestros intentos de solucionar los problemas en el extranjero”, concluía Moyers mientras salía de un edificio calcinado, con los ladrillos ennegrecidos y un cielo despejado de fondo, visible a través de las ventanas superiores. La cámara entonces retrocedía para revelar una cuadra con estructuras derruidas y abandonadas de más de treinta metros de alto, que proyectaban un largo entramado de sombras bajo la luz de la tarde, en medio

5. Los “Five Percenters” o “Five-Percent Nation” (Nación del cinco por ciento) es una organización estadounidense fundada en Harlem, en 1963, por un ex integrante de la Nación del Islam, Clarence 13X. El nombre del grupo deriva de su creencia de que el 10% de la población conoce la verdad, y se asegura de que el 85% se mantenga en la ignorancia; el 5% restante son los miembros de la organización, dispuestos a expandir el conocimiento y revelar la verdad al mundo. La “Supreme Mathematics” forma parte de su doctrina y consiste en una suerte de numerología que encerraría la clave del universo. La Five-Percent Nation también se conoce como Nation of Gods and Earths (Nación de Dioses y Tierras). Su influencia en el hip-hop es notoria, y abarca bandas como Wu-Tang Clan y Public Enemy, entre otras. [N. del T.]

de las calles desoladas. “Por eso el vicepresidente viaja a Europa y Japón; el canciller, a Medio Oriente y Rusia; y el embajador de las Naciones Unidas, a África”, sentenció solemnemente. “Nadie de tal envergadura viene aquí.”

Luego, una semana antes de que Catfish Hunter hiciera su primer lanzamiento en la Serie Mundial, el presidente Carter apareció en medio de una caravana de automóviles en Charlotte Street, en el corazón del South Bronx, con tres helicópteros sobrevolando la escena y rodeado de una gran cantidad de agentes del servicio secreto, para contemplar en silencio cuatro manzanas de ciudad muerta.

Incluso las pandillas que alguna vez reclamaron ese territorio como suyo —los feroces Turbans y los temibles Reapers— habían desaparecido, como si los hubieran borrado por completo las fuerzas de la historia. El presidente se quedó parado entre los escombros de ladrillo y concreto, los autos desvalijados y la pútrida mezcla de ratas, mierda y basura. Detrás podía verse a su secretaria de viviendas y desarrollo urbano, Patricia Harris, el alcalde Beame, y un pequeño ejército de periodistas, fotógrafos y camarógrafos.

30

El presidente procesó la devastación que tenía delante. Luego le dijo en voz queda a Harris: “Averigüen cuáles son las áreas que todavía pueden salvarse”.

LA TIERRA BALDÍA

Allí estaba el *sur* sin reconstruir, el sur del Bronx. El South Bronx era un conjunto de ruinas espectacular, una tierra baldía mítica, una enfermedad contagiosa y, como señaló Robert Jensen, “una situación de pobreza y colapso social más que una ubicación geográfica”. Durante la década del sesenta, el prefijo “South” [sur] en “South Bronx” era, precisamente, solo una manera de referirse a los vecindarios más al sur del condado, como Mott Haven y Longwood. No obstante, ahora la mayor parte de la ciudad de Nueva York, pasando la 110th Street, era vista como otro tipo de “sur”, el sur del planeta, aunque al alcance del metro. Incluso la Madre Teresa, santa patrona de los pobres del mundo entero, hizo un peregrinaje inesperado al barrio.

La oficina del alcalde publicó a toda prisa un informe titulado *The South Bronx: A Plan For Revitalization* [El South Bronx: un plan de revitalización]. “Los indicadores más preocupantes no pueden medirse en cifras”, dictaminó el

texto. “Entre ellos, deben señalarse el miedo de muchos propietarios de negocios en la zona, que temen por el futuro del barrio; la incertidumbre sobre la seguridad de las inversiones; y el desánimo y la desesperación, que motivan a muchos a rendirse y escapar a otras áreas.”⁶

Edward Logue, un funcionario de renovación urbana contratado para trabajar en la ciudad de Nueva York después de haber demolido algunos de los barrios históricos de Boston, ofreció otra interpretación a un periodista: “De una manera triste y maravillosa, la situación del South Bronx es consecuencia de la creciente prosperidad de sus habitantes: más de 750.000 personas dejaron el barrio en los últimos años para mudarse a los suburbios e integrarse con éxito a la clase media”.

Otros analistas eran menos hipócritas. El profesor George Sternlieb, director del Centro de Políticas Urbanas de la Rutgers University, observó: “El mundo puede prescindir perfectamente del South Bronx. No tiene casi nada de valor para ofrecer, nada que no pueda duplicarse en otro lado. Me imagino perfectamente, como si fuera algo sacado de una historia de ciencia ficción, que uno va a tener que ir en autos blindados para entrar al centro de la ciudad”.

Uno de los funcionarios del alcalde, Roger Starr, haciendo eco de la Rand Corporation y del senador Moynihan, describió una política final de “reducción planificada”, de acuerdo a la cual los servicios de atención médica, bomberos, policía, recolección de basura y transporte se irían discontinuando en las zonas más marginales, hasta que todas las personas que quedaran tuvieran que irse también, o enfrentar el desamparo absoluto.⁷ De hecho, las escuelas ya habían sido clausuradas y abandonadas: primero eliminaron los programas de educación artística y musical, y luego les negaron las necesidades educativas más básicas.

El mismo Moses imaginaba lo que podía ser el broche de oro de su carrera como urbanista. En 1973, ya retirado y a los ochenta y cuatro años, afirmó:

6. *The South Bronx: A Plan for Revitalization*, diciembre de 1977, p. 8. Informe redactado por la Oficina del Alcalde, la Oficina del Presidente del Barrio del Bronx, el Departamento de Planificación de la Ciudad, la Oficina de Desarrollo Económico, la Oficina de Administración y Presupuesto, y el Departamento de Preservación y Desarrollo de Viviendas.

7. Una década más tarde, Starr aplicaría la misma lógica a la asistencia social y lideraría el proyecto neoconservador de implementar una “reforma de la asistencia pública” en la década del noventa.

“Hay que admitir que la decadencia del Bronx y la de otros barrios en Brooklyn y Manhattan son irreparables. Es un problema que está más allá de cualquier reconstrucción, refacción o restauración. Se necesita demolerlos por completo”. Su propuesta era trasladar a los sesenta mil habitantes del South Bronx a torres baratas y altísimas, que se construirían dentro de los terrenos del Ferry Point Park. Los mejores departamentos tendrían una hermosa vista de las tranquilas aguas del East River, rebosantes de basura; de los resplandecientes suburbios de Queens hacia el este; de las brutales torres de Rikers Island, cercadas con alambres de púas, hacia el oeste; y de los jets que salían del aeropuerto LaGuardia rumbo a ciudades lejanas.

SOLO UN PARTIDO AMISTOSO DE BÉISBOL

32

Durante el sexto partido de la Serie Mundial de 1977, en el estadio de los Yankees, Reggie Jackson se acercó a la meta para batear. Ya había anotado jonrones en los dos partidos anteriores, gracias a lo cual su equipo estaba a punto de ganar el campeonato, con tres victorias y dos derrotas. Esa noche haría historia. Frente a tres lanzadores distintos, en apenas tres lanzamientos, Jackson anotó tres jonrones. La victoria de los Yankees fue dramática: 8 a 4.

Cuando el lanzador del equipo local, Mike Torrez, ponchó al bateador rival en la última jugada del partido, miles de fanáticos corrieron hacia el campo de juego. Algunos quisieron alcanzar a Jackson, quien derribó a más de uno mientras trataba de llegar a toda velocidad al banco de suplentes. Arrancaron asientos de cuajo. Se robaron parte del césped y la segunda base. Arrojaron botellas contra los policías a caballo. Cerca de la tercera base, un hombre terminó con traumatismos en la cabeza debido a los golpes que recibió de los oficiales de policía. Sin embargo, por encima del caos y la confusión de la turba enardecida, había cuatro palabras que se entendían claramente: “¡Somos los número uno!”.

En el vestuario, Jackson y Martin, victoriosos, sonreían de oreja a oreja, empapados de champagne. Se abrazaron. Jackson mostró un medallón de oro de Jackie Robinson a los periodistas y les preguntó: “¿Qué creen que opinaría de mí este hombre hoy?”.

El columnista Dave Anderson se encontró por casualidad con Thurman Munson y Jackson, cuando los festejos estaban terminando:

—Eh, negro —le gritó con una enorme sonrisa—. Bien hecho, negrito.

Reggie Jackson largó una carcajada y se acercó corriendo para abrazar al capitán.

—Estoy yendo a la fiesta que organizan aquí, en el campo de juego —comentó Thurman Munson, sonriendo otra vez—. Es solo para blancos, pero te dejarían pasar. ¿Por qué no te sumas?

—Ahí estaré —le contestó Reggie Jackson—. Espérenme.

[...]

Thurman Munson volvió a aparecer.

—Negro, eres demasiado lento, esa fiesta ya terminó, pero te veré el año que viene —le dijo el capitán, extendiendo la mano. Te veré el año que viene, donde sea que esté.

—Vas a volver —afirmó Reggie Jackson.

—No, yo no —respondió Munson—. Pero tú sabes bien quién te apoyó, negro, quién te apoyó cuando más lo necesitabas.

—Lo sé —dijo Jackson.

33

Era 1977. Una nueva etapa histórica estaba comenzando.

En Kingston, Jamaica, la banda reggae Culture cantaba sobre la visión de una Babilonia acosada por rayos, terremotos y truenos. Los dos sietes se habían encontrado, advertían.⁸ El apocalipsis se cernía sobre el pueblo babilónico.

Aun así, a su manera, la nueva generación —a la cual se le había dado tanto, robado tanto y prometido tan poco— no estaría dispuesta a resignarse como las anteriores. Si se les concedía lo que exigían, exigirían más. Y si se les ofrecía el apocalipsis, se pondrían a bailar.

8. Alusión a “Two Sevens Clash”, canción del álbum homónimo, basada en una predicción de Marcus Garvey, periodista y líder político jamaquino, quien advirtió que el 7 de julio de 1977 (fecha en la que se encontrarían los “sietes”) se saldarían las injurias del pasado. [N. del T.]



La juventud en Trenchtown, 1976 y 1995. Foto 1976 © Alex Webb / Foto 1995 © Brian Jahn

Introducción,	
<i>por DJ Kool Herc</i>	7
Prólogo	11

LOOP 1: BABILONIA EN LLAMAS 1968-1977

1. Necrópolis	17
2. Sipple Out Deh	35
3. Sangre y fuego, con música intermitente	63
4. Hacerse un nombre	95

LOOP 2: PLANET ROCK 1975-1986

5. La salvación espiritual	121
6. Estilos furiosos	145
7. El mundo es nuestro	167
8. Zulúes en una bomba de tiempo	185
9. 1982	219
10. El fin de la inocencia	245

LOOP 3: EL MENSAJE 1984-1992

11. Todo se desintegra	277
12. Lo que tenemos para decir	297
13. Seguir, por ahora	337

14. Los asesinos culturales	381
15. El verdadero enemigo	421

LOOP 4: LA GRAN APUESTA 1992-2001

16. Tenemos que resolverlo	453
17. Todos en la misma pandilla	483
18. El devenir de la generación hip-hop	515
19. Nuevo orden mundial	551

DISCOGRAFÍA	589
--------------------	------------

AGRADECIMIENTOS	597
------------------------	------------